Los pensadores



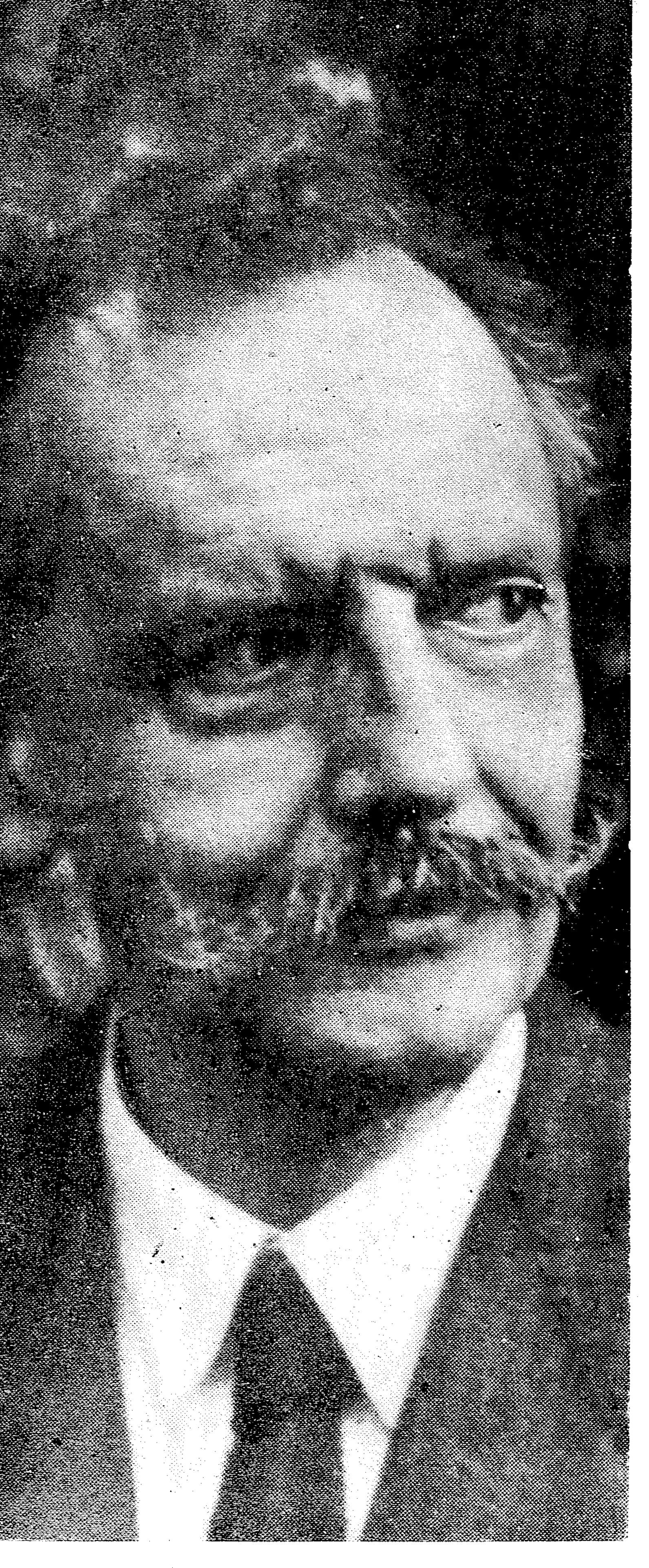
Manuel Claps

ENCICLOPEDIA



39

URUGUAYA



Carlos Vaz Ferreira

Los pensadores

Manuel Claps

La palabra "pensador" tiene una tradición en Latinoamérica que se remonta al siglo pasado y designa a los hombres que reflexionaron con un cierto grado de generalidad sobre los problemas filosóficos o circunstanciales. Su forma de expresión es el *ensayo*, tan característico de nuestra literatura. Este género comprende desde el artículo periodístico hasta el libro propiamente dicho.

Es el español "transterrado", don José Gaos, quien ha caracterizado mejor (y ejemplificado) esta forma de pensamiento. Así ha escrito: Este nombre se le da en los países de lengua española a toda una serie de intelectuales, a saber: 1) los cultivadores de la filosofía, 2) a los de las partes más teóricas de las ciencias humanas no específicamente históricas (Derecho, Política, Economía, Sociología), 3) a los historiadores cuyas obras resulten reveladoras del sentido ideal de la historia o la cultura, 4) a los cultivadores de la crítica literaria y de arte y de la literatura de ideas. Estos hombres se caracterizan, además, por el ejercicio de un peculiar magisterio nacional o continental que ha ido creciendo desde las vísperas de la Independencia hasta llegar en muchos casos, a una intervención efectiva en la vida pública.

Sus objetos de reflexión son tanto los sistemáticos y trascendentes de la filosofía, como los inmanentes a la historia y la sociedad. Para ello emplean los métodos y el estilo de la filosofía y de la ciencia. Gaos complementa esta caracterización señalando que este pensamiento es predominantemente estético (tanto por la forma de expresión como, muchas veces, por su contenido) político y pedagógico. Y que su preocupación mayor la constituyen los objetos inmanentes.



Café "La Giralda", punto de reunión de los intelectuales del 900.

Mucho se ha discutido en torno a la existencia de un pensamiento latinoamericano. Las posiciones varían desde la negación radical de algunos como Bertrand Russell ("Latinoamérica no ha pensado") o J. C. Mariátegui, por ejemplo, hasta la afirmación categórica de su entidad y valor. En la consideración del problema se debe tener en cuenta la posición de quien lo plantea (su situación histórico-cultural) y la corrección del planteamiento. Cuando se habla de pensamiento se atiende más a la originalidad del mismo que a su existencia. Si lo primero puede negarse no así lo segundo, en tanto supone "una visión total de la realidad para cada hombre o grupo humano, en cuanto aprehensión e interpretación vivida, nimbada de valoraciones y con derivaciones prácticas constantes" (Fco. Romero).

Más allá de la mera repetición en las cátedras, de teorías europeas y de sus paráfrasis muchas veces involuntarias, el pensamiento europeo ha sido adaptado a la par que adoptado, como señala Ardao.

Pensadores son principalmente quienes frente a problemas nuevos, originales, surgidos de situaciones inéditas, los piensan con el repertorio ideológico europeo pero ajustado a la realidad. No hay que olvidar que el colonialismo mental informa tanto el pensamiento de las metrópolis como el de las colonias. Los primeros no ven más que malas repeticiones de ideas europeas, los segundos muchas veces creen pensar, cuando en realidad no hacen más que remedar, apoyados en traducciones, un acto intelectivo.

Esto hace difícil apreciar la *differentia* del pensamiento hispanoamericano. Por un lado, porque los desarrollos de los temas tradicionales son muy pobres y, por otro, porque la originalidad y el valor del pensamiento está en función de la circunstancia. El mejor pensamiento hispanoamericano ha sabido estar a la altura de su tiempo y tiene por decirlo así una originalidad necesaria. Si bien las ideas no eran originales, sí lo era su combinación y su aplicación a una realidad tan distinta a la que le diera nacimiento.

Resumiendo: lo que configura al pensador, son a nuestro juicio, las siguientes características: 1) una cierta generalidad de planteo, una capacidad de teorización, 2) la importancia o el prestigio social que tuvo en su momento, 3) ser expresión de la situación histórico-cultural, 4) ser una expresión personal dentro de ese contexto (expresión que se manifiesta en el estilo del pensamiento como en su lenguaje), 5) tratamiento de problemas y/o temas propios de su circunstancia. El pensador descubre y plantea problemas no vistos (aunque la solución sea parcial, falsa o errónea). La atracción de lo real es fundamental para determinar al pensador. Las jerarquías que se establezcan entre ellos (en cuanto a originalidad, valor e importancia) están en función de lo dicho anteriormente y de la medida en que responde a ellas.

La generación de "El Iniciador"

La generación argentina del 37, que había comenzado a reflexionar sobre los problemas de la cultura y de la organización social en el Salón Literario se ve pronto dispersada por el exilio. A más de un cuarto de siglo de la Revolución de Mayo, contemporánea de la secuela de guerras civiles y del despotismo caudillesco, este grupo de jóvenes intelectuales, profundamente influido por el romanticismo social europeo, toma conciencia de la realidad y se sitúa frente a ella. Echeverría, Alberdi, Cané, Mármol y Gutiérrez —para recordar solamente a los principales— se refugian en Montevideo y desde aquí continúan la tarea iniciada en Buenos Aires. Este grupo es el primero que plantea los problemas de la sociedad rioplatense tanto en el aspecto socio-político como en el cultural. Miguel Cané y el uruguayo Andrés Lamas, fundarán *El Iniciador* como modo de expresar sus preocupaciones y desde sus páginas se difundirá un pensamiento inédito en estas latitudes, llamado a tener larga resonancia. Tratan de comprender el pasado, explicárselo y elaborar un proyecto de acción futura. No siendo federales ni unitarios buscan un nuevo modo de reorganizar la comunidad fragmentada en las luchas intestinas. El que ejercerá una influencia más intensa será sin duda Echeverría, debido a su más prolongada residencia entre nosotros, que coincidió además con su múltiple actividad creadora (desde 1840 hasta su muerte, en 1851). Aquí vieron la luz la segunda edición del *Dogma socialista,* ampliado con la *Ojeada retrospectiva,* su *Manual de Enseñanza Moral,* las *Cartas* a don Pedro de Angelis y sus ambiciosos y fallidos poemas. Pensaba que el problema de estos países es ante todo social y que sin resolverlo no se podrían resolver los problemas políticos ni culturales. Al comprobar la pérdida del poder integrador de la religión en la sociedad, postuló la necesidad de compartir ciertas creencias básicas, como elemento ideológico que diese coherencia al grupo social.

En cuanto a *Alberdi,* ya a los pocos días de desembarcar se traba en polémica con el profesor Salvador Ruano, criticando su anticuada concepción filosófica.. Partícipe de varias empresas culturales, colaborador de la prensa, redactará su famoso *Programa de Filosofía Contemporánea,* en 1840, donde expone las bases de una filosofía americana e indica sus temas y sus métodos. Documento fundador del pensamiento autóctono, constituirá el prólogo de *Las Bases.*

Andrés Lamas será el hermano menor. Redactor del Programa de "El Iniciador", impugnador del *Fragmento* de Alberdi, continuará sus reflexiones con sus *Apuntes* que llegaría al libro en 1849. En el Programa se califica al periódico de "puramente literario y socialista; nada político". Se propugnará la independencia inteligente de la nación civil, literaria, artística e industrial, que complete la independencia política. Curiosa y contradictoriamente habría de ser el mismo Lamas quien firmara los discutidos tratados del 51 y quien luego de años de silencio redactara el *Manifiesto* a sus compatriotas, donde junto con la justificación de la alianza con el Brasil, propusiera la unión de los orientales. Nada original en sus ideas —todas ellas debidas a Alberdi y Echeverría— fue un inteligente expositor de las mismas y tiene un lugar en la historiografía nacional.



Miguel Cané



Juan Bautista Alberdi



Andrés Lamas

Varela: una conciencia nacional

La meteórica parábola de la vida y el pensamiento de *José Pedro Varela* (1845-1879) tendrá en nuestro proceso cultural una importancia fundamental. Desde su inicial formación romántica, evolucionará luego hacia un racionalismo para culminar en un positivismo amplio, lo que se ha llamado el positivismo autóctono, con marcada influencia del naturalismo evolucionista de inspiración darwiniana y spencenriana. Del romanticismo conservará el impulso renovador, del racionalismo la exigencia de racionalidad (no los fundamentos metafísicos). Por ello (entre otras razones) su racionalismo fue tan combativo contra la religión institucionalizada, en su doble aspecto de superviviencia del prejuicio y opresión de las conciencias, pero manteniendo siempre un respeto por lo religioso. Junto a ello mantendrá las motivaciones de la ilustración, con su certidumbre en el mejoramiento del hombre por medio de la educación, la democracia como ideal político y la solicitación de la realidad y la necesidad de su transformación, que lo conducirán a su fecunda e intensa acción pedagógica.

Desde muy joven la preocupación por los problemas del país lo lleva a la acción política y al esclarecimiento de las causas de la situación en que se encontraba. Estas tareas paralelas y complementarias culminarán en la elaboración de sus dos obras fundamentales *La educación del pueblo* (1868) y *La Legislación escolar* (1876) y en la fundación de la escuela uruguaya.

En la primera parte de *La Legislación Escolar,* titulada "De nuestro estado actual y sus causas". Varela realiza el primer análisis sistemático de nuestra realidad y su diagnóstico. Se trata de una formidable requisitoria sobre el país, que tiene una actualidad sorprendente. La triple crisis por la que atravesaba (económica, política y financiera) es desmenuzada sin concesiones, con actitud de hombre de ciencia.

Varela pensó el país real sin confundirlo nunca con el país legal. Denuncia el divorcio entre las formas político-jurídicas y la realidad.

Sostiene que hay que cambiar las condiciones para que cambie la realidad. Denuncia la falsedad de la prédica periodística, las mentiras que tanto el oficialismo como la oposición propagan. Detrás de las declaraciones altisonantes están enmascarados los intereses reales de los diversos grupos. Pone de manifiesto el atraso de la enseñanza universitaria, eminentemente libresca, muestra la conexión entre la ideología de las clases ilustradas y los intereses reales. No acepta la dicotomía falsa de Sarmiento entre civilización (representadas por los doctores) y barbarie (representada por los hombres de campo) y muestra cómo son cómplices en el usufructo del poder. La cultura urbana pone las formas (redacta las leyes) que sirven los intereses de los dueños de los medios de producción.

Con un seguro sentido de la realidad y de los medios para actuar sobre ella, señala la causa de nuestra situación, una a una, y propone sus soluciones. Creyente sincero en la democracia —en su verdadero sentido— trata de llevarla a cabo. Agotada la vía política, corta por el camino de la educación como el mejor para lograrlo. Esta concepción de la vida —informada por la ciencia y el principio democrático— hace que quiera una democracia real, política y social.

Estas ideas lo llevarán a enfrentarse con su amigo Carlos Mª Ramírez en la polémica que tuvo lugar inmediatamente de aparecida su obra. Ramírez es el típico representante de la clase dirigente y reacciona como tal. Allí se ponen de manifiesto dos actitudes y dos concepciones del mundo que van más allá de las discrepancias doctrinarias.

Varela —dentro de su liberalismo— tenía una concepción integral de la democracia, como forma de llegar a la organización racional de la vida del hombre. Ramírez en una actitud típicamente conservadora, pone de manifiesto, como se lo señala su contrincante, su concepto oligárquico del pueblo.

Casi todos los temas —y los problemas esenciales del país— están en el informe de Varela. Señaló las invariantes y propuso algunas variables. Desde nuestra situación se le pueden señalar sus insuficiencias: omisión de factores explicativos, ingenuidad o parcialidad de las soluciones propuestas. Pero todo ello es tarea secundaria frente a su calado mayor de pensador y de hombre, llamado a dejar su huella en la construcción del país.



José Pedro Varela

Dos antípodas

Angel Floro Costa (1836-1906) introdujo las ideas del evolucionismo en sus *Cartas* a J. A. Tavolara (de 1873) escritas desde Buenos Aires y es allí donde comienza su evolución desde el positivismo hasta un detonante y franco materialismo. A nuestro saber, también es el primero en proclamarlo en el país. De formación científica al nivel preuniversitario, y con marcada vocación por las ciencias naturales, su pensamiento encontrará en este tipo de explicación las categorías fundamentales de la realidad. Al enfrentarse con lo social adoptará un organicismo y un economismo que desarrollará hasta culminar en una filosofía de la historia nacional. Apasionado y poseído de su verdad, sus desarrollos acusan notorios desniveles, que van desde la observación acertada hasta la metáfora fantasiosa. Su obra, escrita apresuradamente, entre los avatares políticos y los proyectos financieros, se compone de una profusa folletería y de algunos libros capitales como *Nirvana* (1880) y *La cuestión económica en las Repúblicas del Plata* (1902) donde aborda los problemas del país y en especial el de su viabilidad histórica. Denuncia los defectos de la sociedad uruguaya, analiza sus causas y propone sus soluciones. Iconoclasta de los ídolos a los que la élite culta rinde farisaico homenaje, critica acerbamente las prácticas sociales. Usando un lenguaje animado y colorido al que es difícil resistirse, salpicado de comparaciones tomadas casi siempre de la biología, mezcla la explicación pseudo-científica con la mitología y en su afán de hacer evidentes sus convicciones exagera hasta la simplificación. Informado de un implacable realismo político, típico del pensamiento conservador, junto a muchas observaciones irrefutables que tienen innegable actualidad, manifiesta un agresivo economismo que lo convierte en un desarrollista "avant la lettre" por un lado y por otro en un precursor de la oscilante e irresuelta alternativa entre la alianza con el Brasil o la unión con la Argentina.

Prudencio Vázquez y Vega (1853-1883) fue el representante más neto del espiritualismo racionalista y de la actitud principista en la acción. Desde su cátedra de filosofía del Ateneo y desde la prensa librará una intensa batalla en su defensa. Su filiación ideológica proviene del krausismo a través de la versión de Ahrens y sobre todo de Tiberghien. Esta soterrada corriente filosófica estuvo llamada a tener en nuestro continente una curiosa suerte. Minoritaria en cuanto a influencia, por medio de la filosofía del derecho y la moral, iba a influir decisivamente en figuras políticas de importancia fundamental, tan distintas como Martí, Batlle e Irigoyen.

Dentro de las coordenadas fundamentales del krausismo, que sostiene la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la libertad del hombre como evidencias absolutas y la afirmación de la realización de la idea de Humanidad a través de la historia, defendió la prioridad de las ciencias morales y la necesidad de postular lo absoluto y su conocimiento por medio de la razón. Critica la objetividad absoluta y afirma la subjetividad trascendental y la moral del deber, que lo conduce a la lucha por la vigencia del derecho.

Su pensamiento puede dividirse en dos rubros: la defensa de su posición teórica y la crítica al naturalismo y al catolicismo.

La primera parte de su obra es la elaboración teórica más importante del siglo XIX en el campo de la filosofía nacional y el esfuerzo mayor para trascender lo ideológico y llegar a la verdad. Su prosa nada retórica comunica en un lenguaje claro como su pensamiento sus apasionadas y razonadas evidencias. Su crítica a la religión institucionalizada, en la que advierte una forma de alienación de la esencia humana y por lo tanto de esclavitud, no se limita al catolicismo como era común en ese tiempo, sino que se hace extensiva —y en forma violenta, al cristianismo. Constituyendo así un caso aislado (que dejará, al igual que muchas de sus ideas, perdurable huella en su amigo don José Batlle y Ordóñez).



Dibujo de J. Olivella. "Rojo y Blanco", 1902.

Los pensadores del catolicismo

Es en la década del ochenta cuando el pensamiento católico adquiere entidad y lo logra sobre todo por la personalidad de *Mariano Soler* (1846-1908), tercer arzobispo de Montevideo.

Poseedor de una formación clásica, teológica y científica de buen nivel, fue el iniciador de un catolicismo militante en los diversos planos de la sociedad. El pensamiento de Soler desarrollado en una abundante bibliografía que de más de cien títulos, abarca desde la teología hasta la apologética. Pero la incidencia de este pensamiento en su contexto histórico social se centra en su ataque contra sus triples enemigos (el racionalismo, el darwinismo y el protestantismo). Así lo testimonian *Crítica al darwinismo* (1883); *Racionalismo y catolicismo* (1880), y *Católicos y masones* (1884) para mencionar los más importantes. La crítica de Soler se centra en el darwinismo como núcleo del naturalismo y del positivismo que dominarán los últimos veinte años del siglo.

En nombre de la filosofía de la naturaleza y de la dogmática religiosa lo condena como falso e inmoral. Sus obras revelan una típica mentalidad tradicional que pese a su ilustración contemporánea, enfatiza los prejuicios más recibidos del pensamiento católico predominante por entonces. Junto a su rechazo de aquellas ideas filosóficas combate duramente las ideas del liberalismo epocal en materia de organización social, en especial las sostenidas por la masonería. Hábil en poner de manifiesto las fallas de sus adversarios, sus afirmaciones adquieren muchas veces una truculencia anacrónica.

Pese a estas observaciones, su actividad, como hemos dicho, lleva a la Iglesia uruguaya a un nivel de combatividad tanto teórica como práctica que no se volvería a conocer aunque con distinto signo, hasta nuestros días. Bajo su inspiración se fundan el Club Católico, el diario "El Bien Público" y un Liceo, para llevar la lucha al campo que estaban en manos de sus adversarios.

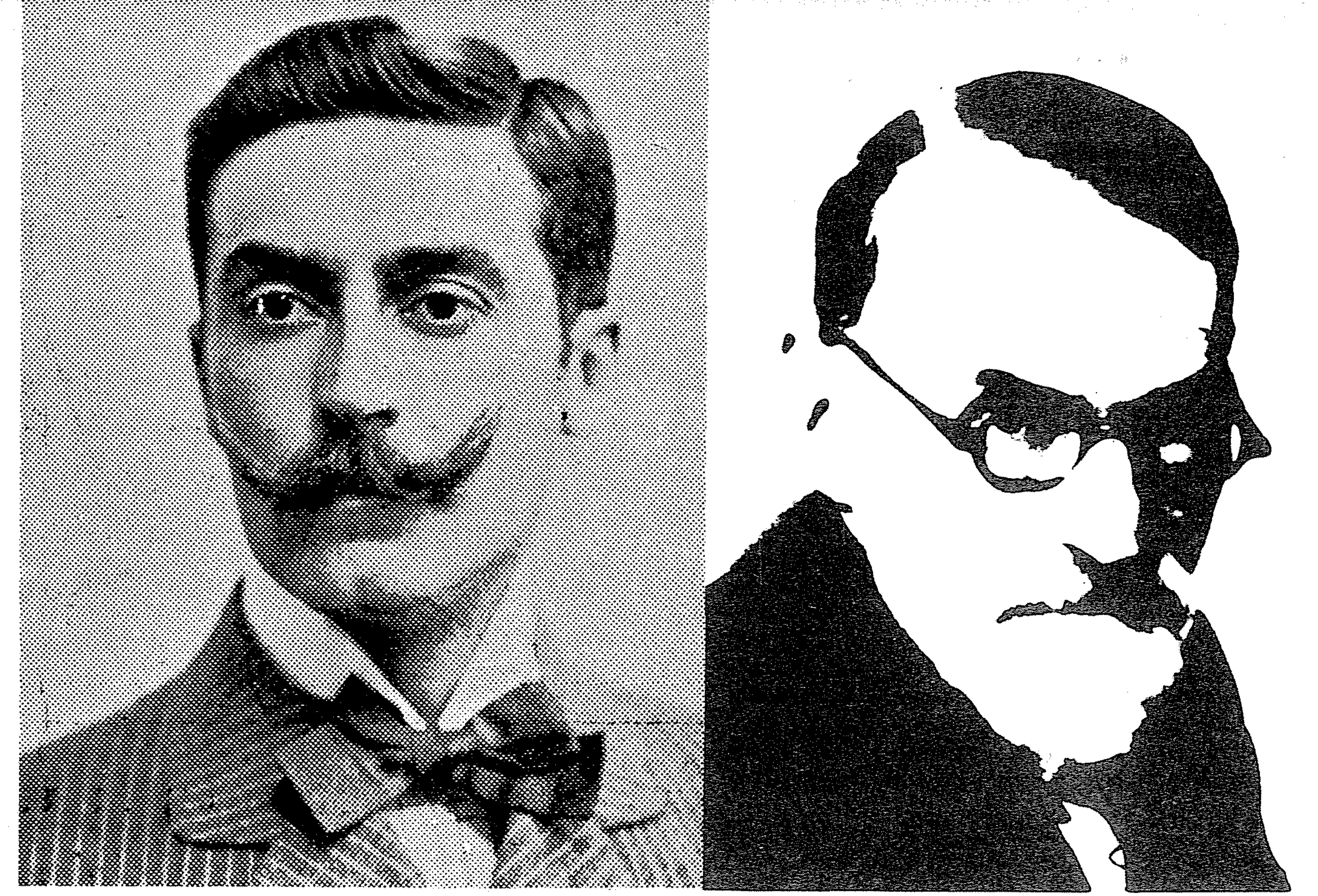
Francisco Bauzá y Juan Zorrilla de San Martín colaborarán en esta tarea. El primero, sobre todo en sus valiosos *Estudios Constitucionales* defenderá, en el terreno del derecho y de la educación, las ideas de la Iglesia.



Juan Zorrilla de San Martín ("Caras y Caretas").



Francisco Bauzá



Carlos Reyles

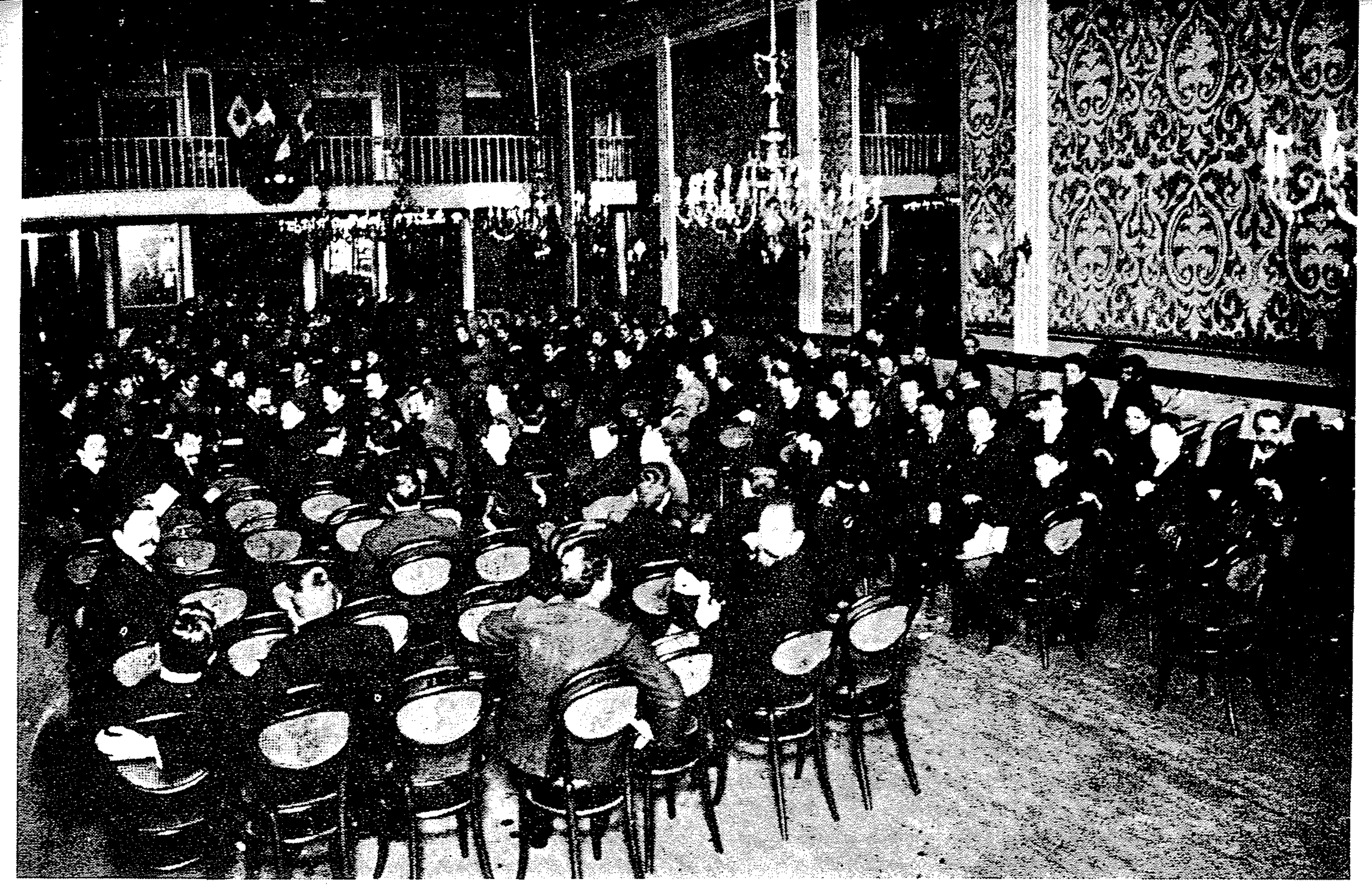
Pedro Figari

La generación del Novecientos

Carlos Reyles (1868-1938) representa entre nosotros otra variante de la filosofía materialista. En medio de un ambiente provinciano en el que un anodino humanismo informaba la ideología de la élite culta, el pensamiento de Reyles pone una nota discordante. Condicionado por su actividad de pionero y productor rural poderoso y a la vez poseedor de una cultura similar a la de su compañeros de generación, tiene un puesto de primera fila en la intelligentsia de su época. En *La Muerte del Cisne* (1910) postula un materialismo franco y una descripción de la realidad muy distinta de la de sus coetáneos. Este realismo agresivo está inspirado en la filosofía materialista de la época, en Nietzche y, curiosamente, en Marx. La *ideología de la fuerza,* la *metafísica del oro y* la *flor latina* son los tres rubros en los que se articula su desarrollo. La fuerza es el principio del que se derivan todas las manifestaciones de la realidad. Se concreta en materia. Un monismo absoluto caracteriza esta concepción, que surge para él de los resultados del conocimiento científico. La lucha entre las diversas fuerzas generará las formas de la realidad. Las ideologías no son más que ilusiones vitales, fecundas, pero falsas. Si por un lado es Nietszche quien le sirve de apoyo en esta tarea desmitificadora por otro son Marx y Engels —en citas textuales— quienes le proveen los argumentos del materialismo histórico como explicación de la realidad histórico-social. Su pensamiento, expresión típica y descarnada del capitalismo y de la burguesía, no aceptará en cambio, las conclusiones de los fundadores del socialismo científico. En *La Metafísica del Oro* defenderá el "valor divino de la moneda", reprochándole a Marx el no haberlo comprendido. Revela así su propia incomprensión y su enajenación en el fetichismo de la moneda, criticado por aquél en *El Capital.*

En la tercera parte, *La Flor Latina,* sostiene que Francia expresa el fin de una época, culminación de la civilización greco-latina, sobre todo en su refinamiento decadente. Una apasionada apología de la burguesía como clase revolucionaria y una apología de la fuerza como decisoria en el ámbito de la historia —por el poder del dinero, especialmente— constituyen los temas centrales, de una afirmación brillante y coherente, inédita en el país. El hombre yanqui constituirá el modelo que corresponde a los nuevos tiempos.

Los *Diálogos Olímpicos* (1916) retoman, aunque atenuando algo, esta tesis. Apolo y Dionysos, Cristo y Mammón serán los representantes de esas ideas, en un neoclacisismo extemporáneo, en donde la fuerza inicial de su primer ensayo se diluye en los vericuetos mitológicos y retóricos de esta segunda versión. Sus conferencias del último período recogidas en *Panorama del Mundo Actual* (1932), *Incitaciones* (1936) y el póstumo *Ego Sum* (1938) continúan oponiendo a la irrestricta voluntad de poder, la voluntad de conciencia y a la razón de la fuerza, la razón humana de la justicia. Evidentemente condicionado por la



Además de centro político el club "Vida Nueva" fue el foro del magisterio de Carlos Reyles, Víctor Pérez Petit, Daniel Martínez Vigil y Carlos Onetto y Viana.

situación histórico-social rechaza ahora los modelos de hombre tanto yanqui como soviético y proclama el tipo europeo como la síntesis de la energía y de la inteligencia.

La Muerte del Cisne fue el anti-*Ariel,* la apología de la fuerza y la denuncia implacable de las trampas del idealismo culturalista. No creo que haya en el país otra defensa de la burguesía tal como la que realizó Reyles. Perteneció a la categoría de estancieros - escritores (como Güiraldes, como Larreta) y expresó su pensamiento en una prosa de bien ensamblada arquitectura, de rico vocabulario y de estilo brillante. No pueden dejarse de lado las graves connotaciones políticas de su pensamiento. Nieto de inmigrantes asumió las pautas valorativas de la civilización dominante y no vio ni sintió de América sino el campo nuestro (y desde una perspectiva externa). Un aristocratismo insolente, un desprecio total por el pueblo y sus formas de vida, fueron sus constantes, en las que el odio por el socialismo y comunismo hallaron la expresión ideológica.

Pedro Figari (1861-1938) cuya fama de pintor, entre otras circunstancias, relegó injustamente su obra filosófica, ha conocido hace poco tiempo entre nosotros, el reconocimiento que merece. Cuando publicó en 1912 un libro titulado *Arte, Estética, Ideal,* éste pasó inadvertido. El autor era conocido como penalista y político, fundamentalmente. La traducción al francés de la obra realizada en París y prologada por H. Delacroix, alcanzará su segunda edición en 1926, esta vez con el título de *Essai de philosophie biologique* que refleja mejor el contenido del libro. En ella se expresa un pensamiento de tipo naturalista, que explicita mucho sus supuestos y logra una síntesis muy personal de esa actitud filosófica. Su concepción oscila entre un hilozoísmo materialista y un panteísmo vitalista, acentuado hacia el final de su vida como lo revelará *El Arquitecto* (1928). En otra oportunidad hemos afirmado que Figari era el primer metafísico uruguayo, queriendo señalar no sólo una prioridad temporal sino a la vez jerárquica. El materialismo que defiende no es ni mecánico ni vulgar. Se trata de un materialismo estructuralista, donde aparecen bien distinguidos los diversos niveles de lo real. No se trata de una metafísica especulativa sino de una concepción totalizadora que tiene siempre en cuenta los resultados de la ciencia. La teoría del conocimiento, la antropología, la estética, la filosofía de la religión y de la cultura, son las partes mejor desarrolladas.

La naturaleza es para Figari substancia - energía. El hombre es "una de las infinitas variedades de esa substancia, un valor morfológico, simplemente", afirma. Dentro de los aportes más elaborados de su pensamiento debemos señalar en primer término su concepto del arte, que a su juicio no hace más que prolongar los procesos de la naturaleza. Bajo aquel concepto se subsumen todas las actividades inteligentes del hombre. El arte presenta dos aspectos: uno como proceso y otro como resultado. La ciencia también es una forma de arte. No hay separación entre arte útil y bello, sino una integración de los dos aspectos (fines y medios).

Otro tema al que Figari presta una atención preferencial es al concepto de individuo, a la forma de la realidad individualizada y al concepto de estructura, como módulo explicativo de las formas. Las partes más débiles la constituyen la estética, la teoría del ideal y la crítica de la religión.

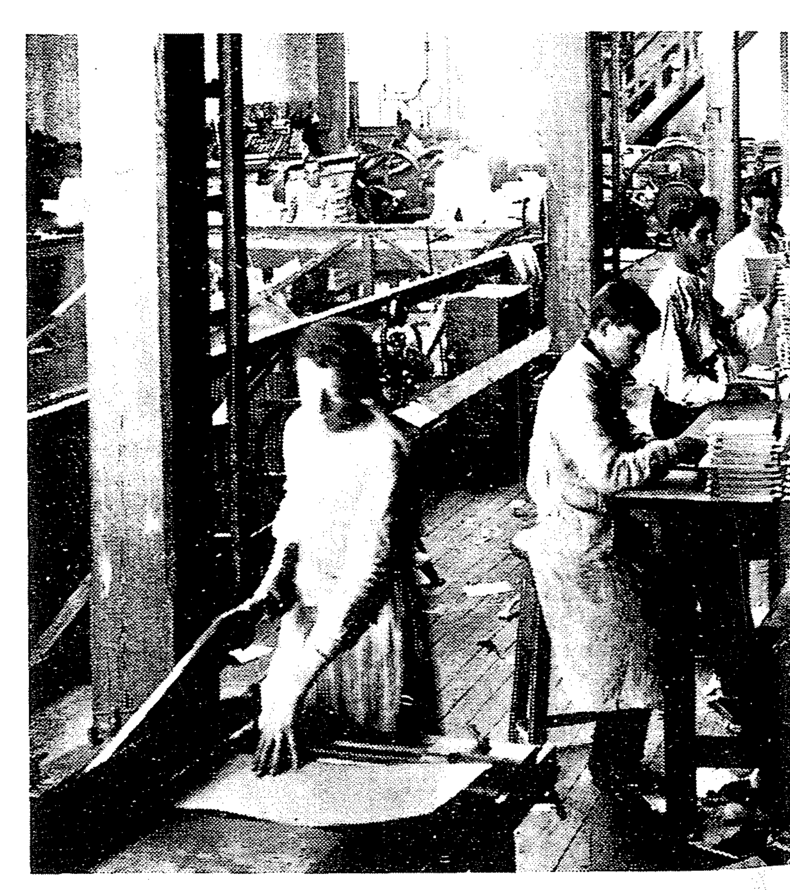
Marginado de la tradición filosófica nacional, casi desconocido aun bajo este aspecto, su obra es un estimulante ejemplo de actitud crítica y constructiva. Sorprende la actualidad de sus enfoques. La búsqueda y la determinación de la realidad fueron las metas de su esfuerzo. Con obstinado realismo trató de explicarla en su obra sistemática y de conocerla, rescatarla y expresarla (pero no sólo la realidad física, sino también la histórica) por medio de su pintura y de sus poemas. Un acendrado sentido de lo nacional, de lo rioplatense y de lo americano lo orientó siempre en su tarea. Sobre esas bases quería edificar una cultura auténtica.

En el problema político su evolucionismo no lo llevó como a muchos otros contemporáneos a adoptar una actitud reaccionaria o conservadora, sino que por el contrario pensaba que el sentido de la evolución nos conduce a una democracia cada vez más integral.

Rafael Barret (1877-1910) constituye por varios motivos un caso de excepción dentro de nuestra cultura. Si bien nació en España, el período creador de su breve y azarosa vida corresponde a su estancia en el Paraguay y en Montevideo. Aquí publicó en "La Razón", sus *Moralidades,* tuvo amigos que lo quisieron y supieron valorarlo y aquí fueron editados sus libros. Poseedor de una excelente formación científica y literaria, su personalidad se impuso desde el principio por sus nítidos perfiles. Profesante de un anarquismo evangélico, su obra, casi toda periodística, conserva un valor poco frecuente. Desde *Moralidades actuales* (1906) hasta su valiente denuncia del terror argentino y del dolor paraguayo abarca unos ocho libros. Implacable crítico de costumbres, apasionado defensor de la justicia social y enemigo del fariseísmo supo aunar en una prosa nerviosa y ágil la profundidad del pensamiento con la justeza de expresión. Desde el hecho nimio supo llegar a la reflexión filosófica y moral, ya que para él la vida cotidiana (de la que fue un adelantado crítico) revela en cualquiera de sus aspectos el sistema social. Se podría pensar en un Martí menor, por su tensión interior, su sentimiento de la justicia, de la religiosidad y de la libertad por un lado y, por otro, por su facilidad para asociar lo concreto con lo abstracto y su inmediatez de comunicación.

Conoció los elogios de Rodó y de Vaz Ferreira (con las debidas salvedades por sus "exageraciones en el problema social") y gozó de una popularidad infrecuente a causa de sus artículos. Itinerante, doblemente expatriado, no ha tenido la posteridad de sus coetáneos por éstas y otras razones. Sólo los anarquistas le han conservado una devoción entrañable. Pero su obra sigue esperando la atención que merece, tan dispendiosa como inútilmente dedicada a otras figuras. Su actitud situada en las antípodas de un Rodó, por ejemplo, adquiere —más allá de los valores perdurables que refleja su obra— una contemporaneidad que sorprende, tanto por la temática como por el estilo.

Rafael Barrett



Los pensadores del 900 provocaron la primera gran actividad editorial del pa

Rodó: una conciencia cultural

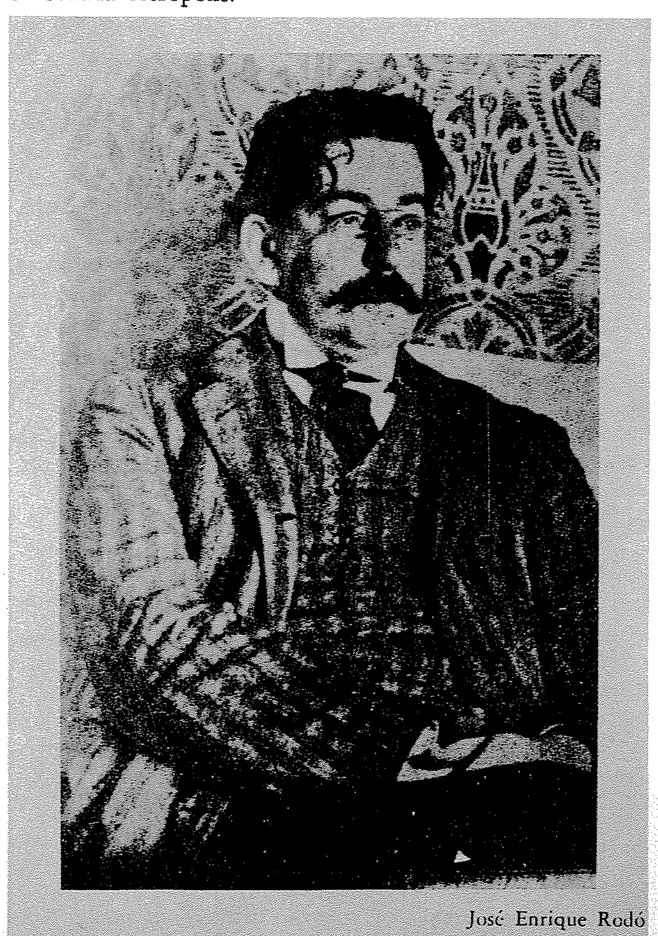
José E. Rodó (1871-1917) domina junto con Vaz Ferreira el panorama del pensamiento nacional debido a la importancia de su obra, a la variedad de los temas abordados y a la riqueza de los desarrollos. El primero representa una síntesis impar de un momento de la conciencia histórica, filosófica y estética de Hispanoamérica, cuya expresión trascendió nuestro medio para alcanzar una múltiple y significativa irradiación continental. La obra de Rodó ha dado lugar a una profusa bibliografía del más diverso valor y que refleja a su vez las diversas posiciones de sus críticos, pero aún sigue esperando —a esta altura de los tiempos— un libro que organizando todo ese inmenso repertorio lo sitúe al nivel de la elaboración actual, en un ángulo de visión que abarque su doble aspecto de escritor y de pensador.

Formado en el positivismo, que será la estructura sobre la que construirá su pensamiento, un espiritualismo idealista se integrará a ella bajo las influencias renovadoras que el mismo reconociera. Su modo de acercamiento a la verdad es un método antológico, al decir de Huxley. Dentro de la constelación formativa elige elementos de uno u otro pensador y los combina para componer el suyo, aceptando algunas ideas, rechazando o variando otras. Trata de situarse en su circunstancia y elabora un ambicioso proyecto de amplia docencia y esclarecimiento, desde muy joven. Quiso "poner ideas en circulación" (las que él creía verdaderas) y contribuir como promotor y como actor a la creación de una cultura hispanoamericana. Su famoso *Ariel* (1900) resume la primera etapa de ese propósito. Dentro de su generación era el único que poseía sentido histórico y de ahí sus primeros ensayos (especialmente el dedicado a J. M. Gutiérrez y la tradición intelectual argentina) y su afán por situarse en el contexto hispanoamericano, su preocupación por sus problemas y sus autores.

A partir de entonces poco a poco por razones de variada índole va encerrándose en las riesgosas zonas de la subjetividad y centrándose en los temas de la personalidad, el tiempo, la vocación y la filosofía de la vida y la acción. Su viaje a Europa será entre otras cosas, una evasión de la realidad nacional, que tanto sufría y una peregrinación a las fuentes, trágicamente interrumpida antes de llegar a su soñada Acrópolis.



país. (Talleres de Barreiro y Ramos, 1902).



José Enrique Rodó

Su. filosofía de la cultura se centra en los valores de la clásica trilogía (bien, verdad, belleza), pero se inclina hacia esto último. Propuso una armoniosa integración de los valores griegos y cristianos como supremo ideal de la vida humana. Su tono que quiso ser auroral es más bien crepuscular. Quiso ser un escritor comprometido, militante —y en cierta medida lo fue en su vida— pero su obra se presta cómodamente —salvo algunos aspectos, como el referente a su posición ante EE.UU. para la neutralización ideológica.

A cincuenta años de su muerte el valor y la vigencia de su obra presentan diversas facetas. Por un lado debe reconocerse la seriedad con que realizó su tarea y su labor de crítico y escritor de ideas. La contribución del pensador nos parece totalmente agotada. Como escritor creemos que —pese a figurar en los programas de enseñanza— debe ser el menos leído de su generación. Resumiendo: escasa o nula vigencia en lo que él juzgó principal en su obra y en cuanto a valor, más allá de su representatividad, se salvan algunas páginas en que logró aunar —dentro de la retórica que en su afán de lograr una belleza eterna elaboró— felices síntesis de estilo y pensamiento.

Vaz Ferreira: una nueva actitud de espíritu

El aporte fundamental de *Carlos Vaz Ferreira* (1872-1958) radica en una *actitud de espíritu* que como ha dicho A. Ardao "de sus legados, es el de aprovechamiento más universal en la incipiente cultura filosófica de nuestra América". Esta actitud de espíritu se instrumentaba en un método, en el amplio sentido de la palabra, en cuanto conjunto de observaciones formales generales para abordar los problemas. Es analítica frente a los problemas y crítica frente a las doctrinas.

Asimismo ha encarecido el pensar a partir de la realidad. Este radical pensamiento problemático es otro de los méritos esenciales de Vaz. Que él lo haya realizado en mayor o menor medida es cosa secundaria. Lo vivió hondamente y lo preconizó. Si no lo logró siempre que pensó problemas generales y sí cuando pensó problemas concretos, es otra historia.

Fue al mismo tiempo una aguda conciencia filosófica que se manifestará al principio críticamente frente a las posiciones existentes, reivindicando la autonomía del pensamiento ante las escuelas rivales. Esta conciencia filosófica se estructura en una *actitud de alma,* que es a su vez, fiel y sincera expresión de la situación del hombre. A la determinación de esa conciencia y de esa actitud dedicó los mejores esfuerzos. Y sorprende más aún esa conciencia desarrollada en un país tan desposeído de tradición filosófica, y más, con los años transcurridos, la validez de esa actitud.

Desgraciadamente esa actitud y esa conciencia no dieron los frutos que había derecho a esperar. La brillante ejecutoria iniciada en los comienzos del siglo se interrumpe bruscamente. Por sus planteamientos y soluciones de los problemas de la libertad y de los sociales podemos concluir que no tenía una especial capacidad para los planteos teóricos de cierta generalidad; que fuera de lo concreto, perdía fuerza y densidad, y su pensamiento necesitaba de la subjetividad y de la situación real y concreta, para adquirir toda su plenitud. Esto hace pensar entonces que aparte de las razones de su frustración (¿voluntarias, ambientales, psicológicas?) no hubiera rendido en el plano del pensamiento puro lo que sus trabajos sobre temas particulares podían hacer esperar; que lo que dio fue el máximo de lo que podía dar.

Su conciencia comienza con el saber de la ignorancia, con el no-saber. A partir de ella, debemos valorar el calado metafísico de Vaz Ferreira. Era —por lo que se conoce, por lo objetivado— la expresión de su intuición metafísica. La *potencia de negación* que ésta encierra, se ha manifestado fundamentalmente en el plano especulativo más que en el de la acción, por *decisiones de abstención:* no hacer metafísica, evitar el error y los sofismas, no ceder, inhibirse de facilidades.

Tiene su obra una discontinuidad formal, pero una continuidad profunda; desde los primeros hasta los últimos trabajos los temas persisten en una unidad orgánica, que se desarrolla, varía y se completa. Las preocupaciones fundamentales son dos: lo psico-lógico y lo moral. Se puede decir que dos son los títulos de su vida: *Lógica Viva* y *Moral viva.*

Hay en esta obra mucho "simplemente entrevisto, sugerido, a medio pensar", pero hay también mucho logrado, como el estudio de las falacias, los problemas pedagógicos, las relaciones entre el pensamiento y la acción, aparte de la crítica a las doctrinas y los sistemas. En cuanto a las posiciones que adoptó siguen siendo váildas: la importancia de la significación en lógica, su actitud respecto al lenguaje, la vuelta a los problemas, la atención a la epistemología y a la ciencia, su distinción respecto a los problemas de la libertad y el determinismo.

Hay en su pensamiento un *psicologismo,* muy propio de la época —y que aparte de razones históricas, creemos que se debe a su especial capacidad para captar lo psíquico— y que se manifiesta en la importancia concedida al estado de espíritu como factor explicativo de los diversos problemas, y fundamenta a su vez, por el dualismo de psicología y lógica, un escepticismo. Este *escepticismo* es un escepticismo de ignorancia o de tendencia, y de contradicción. El primero —no sistema, sino actitud, fundamentalmente escepticismo metafísico— es "la única actitud en que el hombre puede conservarse sincero ante los otros y ante sí mismo, sin para eso, mutilarse el alma" y se expresa en la graduación de la creencia. El escepticismo de contradicción, tiene dos formas: *erga verba* y *erga res.* La primera es legítima; la segunda, no, ya que aparte de su falsedad lógica nos lleva a un pesimismo de conocimiento, objetivando la contradicción y creando un escepticismo moral.

Aquel psicologismo y este escepticismo nos conducen a un humanismo, fundado en la libertad, en las posibilidades del hombre, que confía en el *signo moral* de la "temeraria, absurda y enternecedora aventura humana", guiada por una pluralidad de ideales, y que radica, como hemos dicho, en la realización del hombre.



Salón de conferencias de la vieja Universidad (1910).



Joaquín Torres García. Autorretrato.

Requiere de la filosofía un sentido de la totalidad de la experiencia humana que no mutile ninguno de sus aspectos —el intelectual, el afectivo, el práctico. Debemos mantener el espíritu abierto a la realidad —de la vida, de la ciencia, de la razón, del arte— y expresarla con sinceridad.

Su pensamiento es un pensamiento de la cualidad, de la gradación, de lo complementario, de gran "fidelidad a la realidad", muy liberado de lo verbal, equilibrado y armónico. El discurso fluye coherente, rico de significados, como por obra de una razón "renaciente".

Se resiste a las formulaciones fáciles, a los simplismos. Animado siempre de un *esprit de finesse,* sin ceder jamás al *esprit de géometrie,* vigilado constantemente por una conciencia lúcida. Hay una delectación morosa con las ideas, una humildad de naturalista o de artífice para sus múltiples implicaciones.

Creía en la relación profunda entre la teoría y la práctica, entre la razón y la vida, entre las ideas y la experiencia, porque son modos de manifestarse la misma realidad. No concebía los principios como inconvertidos en hechos.

Sabía de la importancia de la razón para la práctica, aquella que no se vulnera en vano, que el pensamiento correcto engendra la acción mejor, y que la acción mejor engendra el bien. Esta correlación, esta identidad final entre la razón y el bien, junto con su preocupación por el modo de pensar y la creación de *un estado de espíritu amplio, abierto y profundo,* constituyen las constantes de su pensamiento, sus principales creencias, sus verdades fundamentales.

Al no llegar a expresarse totalmente desde el punto de vista filosófico, aparecen sin conciliarse bien en su pensamiento diversas motivaciones empiristas y racionalistas, y contradicciones no resueltas.



Los independientes

Joaquín Torres García (1874-1949) desarrolló paralelamente a su obra de pintor una considerable tarea teórica en la que la reflexión sobre la estética está unida esencialmente a una metafísica. Si bien antes de su radicación definitiva en Montevideo había publicado trabajos sobre el particular, es a partir de entonces que, tanto su pintura como su pensamiento, alcanzan culminación. Múltiples son las publicaciones que recogen la prédica tenaz en defensa de sus puntos de vista y la fundamentación dada a su Taller, llamado a señalar una nueva etapa en la pintura nacional. Las más importantes son: *Estructura* (1935), *La tradición del hombre abstracto* (1938), *Metafísica de la prehistoria americana* (1939), *Lo aparente y lo concreto en el arte* (1947), el monumental *Universalismo Constructivo* (1944) y *La recuperación del objeto* (1948-49). El pensamiento de Torres presupone, como hemos dicho, una concepción del mundo y de la vida de signo metafísico, cuyo origen se remonta a Pitágoras y a Platón, y que sorprende un tanto en nuestro tiempo. La firmeza con que defendió sus convicciones y la práctica ajustada a esas creencias irradiaron muy pronto su influencia. El Universo está regido por la Regla (ley), ordenado por el Número y expresado en la Estructura. La Razón universal de la que participa el hombre es conocida por medio del alma y nos permite integrarnos a lo Uno. Asimismo junto al conocimiento de esas realidades (y formas) debemos realizar una vida (artística y cotidiana) de acuerdo a ellas.

Todo gran arte manifiesta la presencia de la Regla de Oro y nos remite a la tradición eterna. De allí derivará su constructivismo como teoría y práctica artística, en la que la Regla nos permitirá encontrar en lo sensible lo universal y lograr la Belleza.

Esta metafísica que informa su Estética alcanzará en *Lo aparente y lo concreto en el arte* y en *La Recuperación del objeto,* la expresión de sus ahincados esfuerzos por determinar las nociones esenciales de objeto, realidad, verdad y belleza. La historia del pensamiento nacional no registra otro aporte similar (el caso de Figari es distinto) avalado por una experiencia de primer orden en el intento de esclarecer la praxis estética.

Emilio Oribe (1893) manifiesta desde joven su actitud meditativa ante el enigma del mundo que se reflejará en algunos de sus poemas que señalan su ruptura con el modernismo y que mantendrá a lo largo de su trayectoria. Poesía y filosofía se dan pues íntimamente ligadas y la expresión en verso o prosa constituyen dos modos de expresión de una misma actitud. Por ello ninguna exposición completa de su pensamiento podrá prescindir de su "poesía filosófica". Si hay en él un asombro ante lo real hay también un simultáneo deslumbramiento ante las "ideas", un éxtasis eidético de más acentuada importancia. Su referencia al Nous anaxagórico como supremo creador y ordenador de la inteligible y obscura experiencia, le servirá de categoría explicativa fundamental. La primacía concedida a la idea lo lleva a un idealismo casi absoluto sólo perturbado por la presencia de lo sensible, de las imágenes. Esta lucha es lo que da lugar a los mejores momentos de su poesía (y de su pensamiento). El encarecimiento de la alegoría como forma ideal para expresar esta situación, su referencia a los dioses pretende resolver esta contradicción inevitable. Su adhesión a las "ideas" es una deliberada radicalización muy afín con su idiosincracia, a su "autismo" por una parte y por otra una reacción de rechazo de las filosofías de la experiencia. Pero también un modo de rehuir el mundo y negarlo. Su actitud metafísica es en última instancia una actitud estetizante frente a lo real que le lleva a enmascarar los problemas. Sus textos fundamentales son *Poética y Plástica* (1930), *Teoría del Nous* (1934) y *El mito y el Logos* (1945). Los últimos encierran lo más creador y valioso de su pensamiento. En *La dinámica del verbo* (1953) reitera temas y reúne artículos dispersos.

Dentro de las limitaciones señaladas la obra de Oribe ofrece logros de expresión muy felices, en los que un estilo de noble ritmo equilibra las ideas y las frases. Su actitud tuvo un amplio ámbito de influencia hasta el fin de la década del cuarenta. Paralela a esta temática se encuentra en Oribe una preocupación por los problemas de América y su destino cultural. Sus observaciones en este terreno están afectadas de un ahistoricismo aristocratizante y de un utopismo que las invalida, pese a la justeza en la descripción de los hechos.

Dentro de su obra la meditación estética tiene una parte muy importante que comprende la exposición de las doctrinas y la defensa de su propia posición.



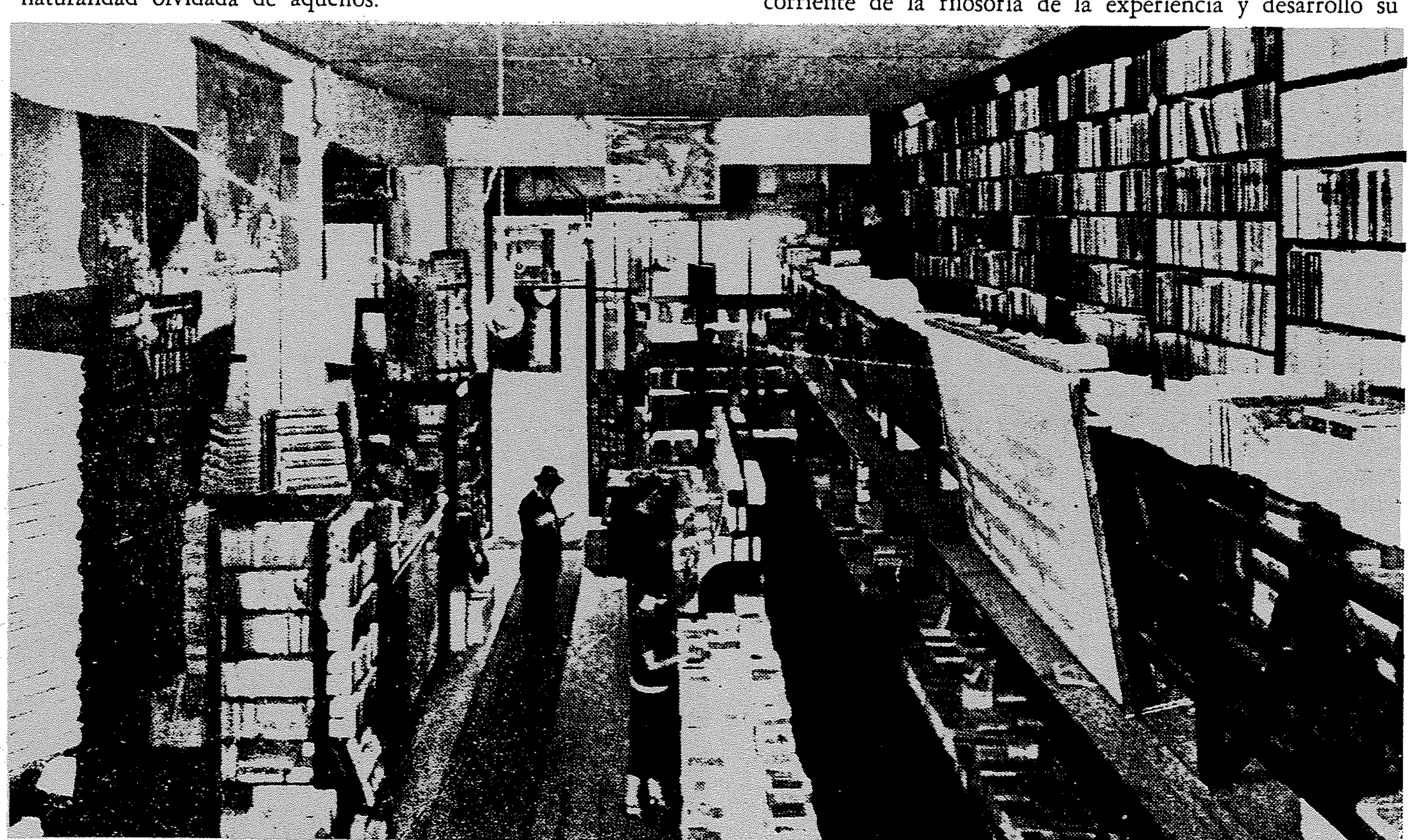
Emilio Oribe

Alberto Zum Felde (1889) de múltiple y continuada obra como creador, como crítico literario y como ensayista, es en esta última parte donde radica su valor mayor. El pensamiento de Zum Felde se ha expresado tanto a través del teatro de pretensión filosófica, como en *Huanakari* (1917), *Alción* (1934), *Aula magna* o *La Sybila y el filósofo* (1937) de muy discutible valor, en su interpretación de la historia nacional, como en su *Proceso* (1919) o en la reflexión estética *Estética del 900* (1927) o su reflexión de filosofía política, en *El ocaso de la democracia* (1939) o sobre la cultura, en *El problema de la cultura americana* (1942), hasta en la preocupación religiosa de su débil *Cristo y nosotros* (1959) que parece cerrar el ciclo de su pensamiento. Por debajo de todas ellas se advierte la persistencia temática instrumentada por un realismo y un vitalismo muy cercano al historicismo que lo acompañará por largo tiempo para culminar en sus últimas obras en una afirmación metafísica y en su conversión al catolicismo. En su obra se puede rastrear muy bien el repertorio de las ideas de mayor vigencia a lo largo de esos años y su incidencia en la mentalidad nacional. De poco rigurosa formación filosófica, sus devociones han sido figuras de gran impacto social en su tiempo y le han servido para utilizar sus ideas en la toma de posición frente a problemas de su época. Junto a observaciones sagaces se encuentran falsedades por la precariedad de los esquemas explicativos que utiliza. La impostación exagerada de conceptos entorpece sus desarrollos más sistemáticos y sus mejores logros se hallan cuando su discurrir adquiere una naturalidad olvidada de aquéllos.

Habiendo rechazado la explicación positivista —o meramente científica— por insuficiente y tratando de tener en cuenta todos los factores de lo real al nivel de lo humano, afirma la predominancia del espíritu. Esto lo conduce a una posición metafísica que si bien teniendo en cuenta los conocimientos científicos no olvida los factores proféticos y místicos en el fenómeno de la cultura, que son los que le dan su sentido. Sensible al fenómeno de la cultura y de sus componentes, no ha logrado expresarlo con felicidad. Entre la observación concreta y la generalización explicativa hay saltos, desniveles que no ha sabido salvar. En esta falla y en una reiterada vaguedad prospectiva, radican las mayores debilidades de su personalidad arrogante y solitaria.

Junto a Vaz Ferreira y a Rodó no podría faltar la figura de *José Pedro Massera* (1866-1942) quien siguiendo las líneas de sus hermanos mayores comparte con éstos las posiciones claves aunque ejercita un agudo sentido crítico con respecto a determinados planteamientos y soluciones. Así frente al primero discrepa inteligentemente con su posición en *Los problemas de la libertad* y en dos puntos de *Lógica Viva* (falsa oposición y Cuestiones explicativas y normativas). También lo hace con Santín Carlos Rossi, *El criterio fisiológico,* en su estudio titulado "una pedagogía objetiva", todos ellos recogidos en sus *Escritos filosóficos.*

Antonio M. Grompone (1893-1965) perteneció a la corriente de la filosofía de la experiencia y desarrolló su



Todo el pensamiento mundial se ofrece en venta a una ávida generación. (Librería de Maximino García, 1925).

pensamiento en estrecha relación con problemas prácticos, a excepción de *Filosofía de las revoluciones sociales* (1932) y especialmente abordando los problemas pedagógicos de la enseñanza media y superior. Tal vez su mejor logro sea *Universidad oficial y universidad viva* (1953) y al estudio sobre *La ideología de Batlle* (1943).

Juan Llambías de Azevedo (1907) es una figura diferente de todos los otros autores. Es el típico profesor europeo, de formación clásica y académica y ha cultivado deliberadamente una actitud distinta. Aparte de numerosos trabajos expositivos, su *Eidética y aporética del derecho* (1940), *La objetividad de los valores ante la filosofía de la existencia* (1952) y *Situación y decisión* (1958), *El pensamiento del derecho y del estado en la antigüedad desde Homero a Platón* (1956) y su reciente *Max Scheler* (1966) constituyen sus obras principales.

Desde nuestro enfoque debemos dejar de lado su filosofía del derecho y centrarnos en el núcleo de su posición filosófica. Adhiere a la filosofía de los valores de Scheler, pero discrepa con él en lo referente a no admitir la reducción del valor a la cualidad. Se trata de algo más íntimo y profundo: "es un momento del ser-mismo, del ente como tal". Habiendo partido de una posición fenomenológica de marcada acentuación hartmaniana su pensamiento ha ido abriéndose hacia la filosofía de la existencia. La axiología y la filosofía de la existencia deben completarse y rectificarse mutuamente. Por el intelecto se accede a la esencia, por el sentir a la existencia: "El valor absoluto es otro nombre de Dios", ha escrito.



Luis Gil Salguero

Los vazferreirianos

Amplia y profunda fue la influencia de Vaz Ferreira no sólo en el plano del pensamiento sino de la cultura nacional. Abarcó a lo mejor de la intelligentsia nacional (profesionales de las carreras liberales, profesores, maestros, artistas, especialmente) y signará por muchos años la mentalidad nacional. Los jóvenes oyentes de sus Conferencias (iniciadas hacia 1910) y los lectores de sus obras conservarán por largo tiempo la impronta del "maestro" que constituirá fundamentalmente una actitud de espíritu y un modo de pensar, ciertos nortes valorativos (con sus admiraciones y sus rechazos). Esta influencia tendrá sus aspectos negativos y positivos. El primero será el haber enseñado a pensar correctamente, el haber indicado el *signo* de ciertos valores, la actitud abierta a la realidad y algunas ideas fermentales. El segundo consistió en la inhibición producida en muchos por su insistencia en los peligros del error y del sofisma.

Asimismo esta irradiación se fracciona en un espectro en que cada uno de sus discípulos prolongará líneas de su pensamiento distintas, acentuará personalmente los temas, en el necesario desarrollo de la meditación y en la necesidad de llegar a una posición filosófica más definida, a salir de cierto limbo indefinido de decisiones y de supuestos. Es decir, a hacer la filosofía que su pensamiento implicaba pero que no explicitó, en una palabra, a hacer la riesgosa metafísica.

Los aportes mayores pertenecen a Luis Gil Salguero, Carlos Benvenuto, Clemente Estable y los hermanos José y Julio Paladino.

Luis Gil Salguero (1899) de considerable obra (quizá en su mayor parte inédita) comenzará con su prólogo a *Feminismo* (*Los límites de lo humano,* 1933) para lograr en *Persona y Destino* (1937) una investigación de la existencia humana a propósito de Nieszstche, con una vehemente afirmación de la subjetividad, expuesta en una escritura intrincada. En ambos libros estaban dadas las constantes de su pensamiento de difícil exposición: alógico, fragmentario, asistemático que encarecerá la imaginación como órgano supremo del conocimiento. Esta actitud lo llevará en otros trabajos a sostener la imposibilidad de fundamentar tanto la ética como la pedagogía. Hay una resistencia muy fuerte, en su afán de evitar la alienación de la existencia, a las ideas y a lo ideológico. Su serie de *Escritos* (1934-39) y otros libros de aforismos lo prueban ampliamente.

Pero unida a esta tendencia del pensamiento de Gil existe otra de no menor importancia y en la que en su afán de trascender hacia la sociedad y la historia lo lleva a elucidar temas hispanoamericanos —no en su aspecto histórico— sino en cuando descripción de una constelación ideal que se encarna en sus figuras principales (Rodó, Whitman, Emerson, Martí). Así lo pone de manifiesto su excelente antología de Rodó y otros trabajos. Y como culminación la defensa de un "humanismo revolucionario" que integre los valores preferidos: nobleza, pureza, sacrificio, heroísmo.

Carlos Benvenuto (1899) representa otra variante de la influencia vazferreiriana (pensador a quien considera de un valor impar). Pero pese a su devoción, la personalidad de Benvenuto difiere profundamente de la de su maestro. Hay en él un énfasis mayor puesto en las ideas; su tono, también es distinto. Personalidad intensa y conflictual ha ido madurando desde su claro y fresco *Concreciones* (1929) a través de una sostenida reflexión dispersa en múltiples artículos, en los que ha ejercido una especie de periodismo filosófico sui géneris, en el que algún acontecimiento histórico le sirve de pretexto para concretar su pensamiento.

Su pensamiento se centra en lo religioso y lo poético como modos de expresar la inefable realidad metafísica y la condición humana. Buscador entusiasmado de lo absoluto, no lo piensa separado de lo concreto y la paradoja es muchas veces su forma predilecta de burlar la lógica. El otro polo de su reflexión lo constituyen los problemas políticos-sociales en los que defiende la persona humana libre, enfrentada tanto a la sociedad como al Estado (sobre todo en sus formas dictatoriales) en las que ve las formas más graves de la alienación. No parece percibir bien, en cambio, la alienación económica que está en la base de aquéllas. Su pensamiento es profundamente ahistórico, lo que lo conduce a caer en las temidas abstracciones cuando aborda esos temas. Un liberalismo personalista, con la contra-cara de un antimarxismo muy arraigado, constituyen otras características de su pensamiento.

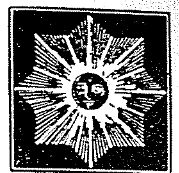
Clemente Estable (1894) no separó nunca su actividad de investigador científico de la preocupación por los problemas filosóficos y pedagógicos. Continúa así la línea vazferreiriana tratando de integrar todas las formas de la actividad humana y teniendo siempre presente los diversos aspectos de lo real. Desde una conciencia que no olvida la presencia de lo desconocido, ha controlado los límites del conocimiento científico, valorado el arte como expresión de lo real y entendido la filosofía —al igual que la ciencia— como afán de saber más que como saber logrado. Su pensamiento se ha dado generosamente en conferencias dispersas y en algunos libros. En el campo de lo pedagógico es donde se ha concretado más como ejemplifican sus trabajos sobre la vocación (que comienzan en 1921 y llegan hasta 1942). Un pensamiento bien orquestado de los diversos elementos culturales y un estilo eminentemente verbal, dan a sus escritos un fácil acceso aunque su afán abarcador, casi siempre sentenciosamente sintetizado, lo afecta de cierta dispersión. La dedicación a esta tarea culmina en el Plan Estable (hacia 1944) en el que la fundamentación y los programas prueban fehacientemente la competencia del autor para estos temas.

Carlos Benvenuto



Antonio M. Grompone

Otras orientaciones



No podemos desarrollar dentro de este trabajo por razones de espacio el pensamiento de otros hombres que en alguna medida han aportado sus esfuerzos —y a veces serios y sostenidos— al pensamiento nacional. Tal es el caso del pensamiento económico que registra una nómina muy valiosa desde Lavandeira, de Pena, Eduardo Acevedo, Martínez Lamas y cuyo último representante dentro de los límites trazados lo constituye Carlos Quijano. El pensamiento económico nacional no ofrece mayor valor teórico, sino que es un modo de pensar los problemas de la base económica y sus implicaciones sociales y políticas. Constituye pues un aspecto de la reflexión sobre el país y está íntimamente vinculado a la época de su formulación. En él se hallan implícitas por supuesto las diversas doctrinas en la materia que van desde un liberalismo antiestatista hasta el que reconoce la importancia de la intervención del estado como regulador de la economía.

Lo mismo sucede con el pensamiento político y policojurídico de gran relieve e importancia en el siglo XIX y que ha sido objeto de estudios pormenorizados. Tendría que tener en cuenta las figuras allí mencionadas y en especial sus aportes tanto a través de J. Batlle (en su filiación filosófica como en su aplicación jurídico política) como en Luis A. de Herrera, de una extensa bibliografía (que comprende un poco más de una veintena de títulos) y cuya importancia en la denuncia del imperialismo en Hispanoamérica (en especial *La misión Ponsomby* y *El drama del 65*) son fundadores del revisionismo histórico y han tenido larga y amplia (y tardía también) influencia.

BIBLIOGRAFIA

ARDAO, Arturo. — *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay.* Claudio García, 1945. *Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay,* F.C.E. México, 1950. (Hay edición reciente de nuestra Universidad). *La Filosofía en el Uruguay en el siglo XX,* F. C. E. México, 1956. *Introducción a Vaz Ferreira.* Barreiro y Ramos S. A. 1961. *Filosofía de lengua española.* Alfa, 1963. Asimismo, Prólogos a *Obras pedagógicas* de J. P. Varela, *El destino nacional y la Universidad,* y *Arte, Estética, Ideal* de Figari.

ALBARRAN PUENTE, Glicerio. — *El pensamiento de Rodó.* Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1953.

BENEDETTI, Mario. — *Genio y figura de Rodó.* Eudeba. Bs. As., 1966.

CAPITULO ORIENTAL. — *La historia de la literatura uruguaya,* Nos. 1, 2, 8, 11, 12, 16, 22, 36, 37. Cedal. Montevideo, 1968.

CACERES, Alfredo. — *Joaquín Torres García.* Montevideo, 1941.

GAOS, José. — *Pensamiento de lengua española.* Ed. Stylo. México, 1945. *En torno a la filosofía mexicana.* Porrúa y Obregón S. A. México, 1952.

LOCKHART, Wáshington. — *"Vaz Ferreira o el drama de la razón"* en *El mundo no es absurdo.* Asir, 1961.

REAL DE AZUA, Carlos. — *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo.* Publicaciones de la Universidad de la República, 1964. Asimismo, Prólogos a *Motivos de Proteo* y *El Mirador de Próspero,* en Clásicos Uruguayos.

ORIBE, Emilio. — Prólogo a *El pensamiento vivo de Rodó.* Losada. Bs. As. 1944.

RAMA, Angel. — *La aventura intelectual de Figari.* Montevideo, 1961.

RAMA, Carlos. — *Ensayo de sociología uruguaya.* Ed. Medina, 1957.

SOLARI, Aldo. — *Las ciencias sociales en el Uruguay.* Río de Janeiro, 1959.

VISCA, Arturo S. — Prólogo a *Ensayos* de Carlos Reyles, en la Colección Clásicos Uruguayos, 1965.

ZUM FELDE. — *Proceso intelectual del Uruguay.* Claridad, 1941. *Indice crítico de la literatura hispanoamericana* (La ensayística). Ed. Guarania. México, 1954.



José Enrique Rodó (*"Caras y Caretas"*)

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

Enciclopedia

Tomo IV

Cuaderno

Tomo IV

* Números ya publicados

El martes próximo aparece

Enciclopedia No. 40
Estatización y burocracia

La temprana expansión de las funciones del Estado uruguayo, y su contraparte, el desarrollo de la burocracia nacional, son analizados por el prof. Néstor Campiglia.

Cuaderno No. 40 — Del 1 al 6

Los cuentos vivaces del Enrique Amorim joven revelan la ciudad gozosa de los años veinte dentro de una imaginería libre y fantasiosa. Un libro que se reedita por primera vez desde su aparición en 1932.



Ya están en venta las tapas para que Ud. mismo encuaderne su colección de Enciclopedia Uruguaya. Solicítelas a su proveedor habitual.



Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del papel). Junio 1969.